

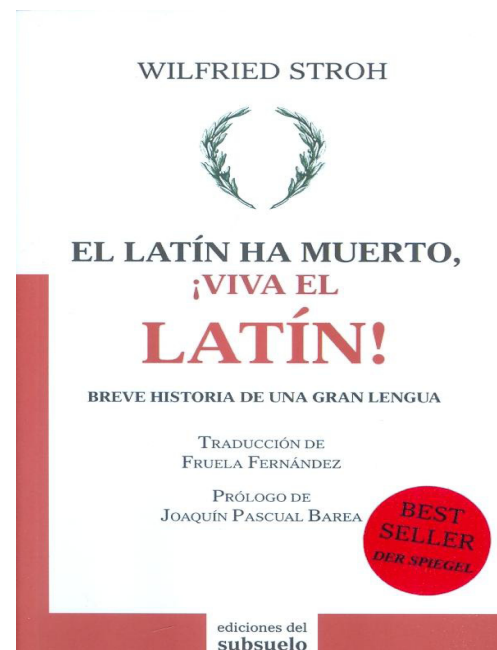
El libro que presentamos a continuación llega a nuestras librerías precedido de un gran éxito de ventas en Alemania, algo que en los tiempos que corren sorprende enormemente tratándose de un ensayo, pero más aún si cabe cuando el tema central que plantea es nada menos que el latín, el mismo y denostado latín que muchos en nuestro país circunscriben al mundo de la iglesia católica y relacionan con retrógrados sistemas educativos. Acaso la explicación de tan inesperado fenómeno editorial –al margen de los propios méritos del libro, desde luego, y que en cualquier caso, tal y como enseña la experiencia, no son garantía de éxito comercial– haya que buscarla en la tradición cultural alemana en la que el humanismo arraigó con fuerza y cuyos efectos, a diferencia de lo que sucede aquí –por mucho que nuestros políticos quieran mirarse en el espejo alemán–, saltan a la vista en cualquier compendio de estudios filológicos en general.

Otro de los factores que ha contribuido a darlo a conocer, por lo menos entre el público alemán, posiblemente tenga que ver con el peculiar carácter de su autor, Wilfried Stroh, profesor emérito de filología clásica en la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich, un hombre extrovertido y dado al espectáculo que no duda en vestirse de romano para dar conferencias o recitales, cosa que encaja muy bien en el actual modo de promocionar cualquier producto, incluido un libro. Pero también en España, donde ya va por su tercera edición, está seduciendo al público lector, quizá favorecido en términos de márketing por el contexto en que ha visto la luz, como ha reconocido en alguna entrevista el propio autor. Así, el celebrado *kairós* de los antiguos griegos, es decir, el momento más oportuno para hacer apología del latín y, con ello, sumar acólitos para la causa, parece haber sido justo ahora cuando paradójicamente se le estaba dando la puntilla final en los borradores de la nueva y enésima ley de educación.

Desde luego, bienvenido sea cualquier intento de divulgar los beneficios de esta fascinante lengua que pervive después de dos milenios y medio no sólo como llave

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 2
2013/2
ISSN 2255-2022

WILFRIED STROH, *El latín ha muerto, ¡viva el latín!*, traducción de Fruela Fernández, Ediciones del subsuelo, Barcelona, 2012, 375 pp. ISBN: 978-84-939426-9-4. (*Latein ist tot, es lebe Latein! Kleine Geschichte einer großen Sprache*, 2007).



Palabras clave:
latín
filología
humanidades
humanismo



para acercarse a los textos clásicos, sino también como portadora de lo que entendemos por humanismo y cuya importancia merece ser resaltada de vez en cuando para que no lo olviden los ministros y aquellos que dictan las más recientes políticas económicas, impuestas precisamente desde Alemania en todo el resto de Europa. Bienvenido también cualquier esfuerzo por acercarla al gran público, ése que por ignorancia o simple inercia mayoritaria la desprecia como lengua de cardenales y la juzga con impropios criterios de utilidad. Por tres veces bienvenido este libro al que, como quien escribe estas líneas, más de uno remitirá por igual al curioso y al mentecato para que encuentren allí las razones que por comodidad y cansancio uno ya no tiene ganas de esgrimir más. Y seguramente se lo agradezcan, porque sin duda el libro instruye y entretiene a la vez, escrito como está en un estilo ágil, claro y desenfadado.

Wilfried Stroh, alias Valahfridus, consigue atrapar la atención por medio de un texto salpicado de anécdotas jugosas y de citas muy sugestivas que harán las delicias de los lectores, sean latinistas o no. Pues seguramente otra de las claves del insólito interés que ha suscitado la obra es el modo tan original en que está concebida, no tanto como un recorrido por la estructura del latín, sino más bien a través de su historia desde su origen hasta la actualidad o, dicho de otra forma, la historia de su relevancia en el pensamiento occidental como lengua universal de cultura, transmisora de belleza y de sabiduría, y vehículo del pensamiento desde la literatura a la ciencia, un planteamiento muy distinto en relación con los libros¹ que ya conocíamos sobre la materia. En este sentido, esta biografía, como su autor la llama, sorprende también porque no se detiene con la extinción del latín, en el momento en que su forma coloquial abre el camino a la transformación en los diferentes idiomas romances, sino que ofrece una visión continuada y unitaria de la lengua basada en una misma norma gramatical resistente al paso de los siglos, como también en el caso del chino, o del griego sin ir tan lejos, aunque si bien es verdad que con mayor influencia –más evidente, al menos– en las lenguas modernas más habladas.

1. -V.J. HERRERO, *Introducción al estudio de la Filología Latina*, Madrid, Gredos, 1976.

-RUDOLF PFEIFFER, *Historia de la filología clásica I: Desde los comienzos hasta el final de la época helenística*, trad. de Justo Vicuña y M. Rosa Lafuente, Madrid, Gredos, 1981.

-RUDOLF PFEIFFER, *Historia de la filología clásica II: De 1300 a 1850*, trad. de Justo Vicuña y M. Rosa Lafuente, Madrid, Gredos, 1981.

- GAETANO RIGHI, *Historia de la filología clásica*, trad. de J. M. García de la Mora, Barcelona, Labor, 1967.

-LEIGHTON D. REYNOLDS y NIGEL G. WILSON, *Copistas y filólogos. Las vías de transmisión de las literaturas griega y latina*, trad. de Manuel Sánchez Mariana, Madrid, Gredos, 1995.

- F. STOLZ, *Historia de la lengua latina*, trad. de J. B. Sita-Aquino Anjou, México, UTEHA, 1961.

Al respecto de una muerte anunciada con más o menos sorna por parte de quienes proclaman la inutilidad de su enseñanza, Stroh contraataca partiendo de un hermoso argumento que va más allá de lo esperado, reconociendo que el latín murió efectivamente hace casi dos mil años, “como tuvieron que morir las rosas y Aristóteles”, podría decirse acudiendo al poema de Borges, y como sin duda ocurrirá tarde o temprano con nuestras propias lenguas maternas. La diferencia del latín, y ésta es su magia, es que dicha muerte sirvió para convertirlo en una lengua eterna, una lengua que cuando alcanzó sus cotas más altas de perfección y belleza tuvo la capacidad de mantenerse intacta hasta nuestros días y ganarse el estatuto de lengua universal hasta el siglo XVIII, y eso es algo que ni el inglés de Shakespeare ni el castellano de Cervantes pueden igualar en muchos menos años de vida. La razón de este milagro lingüístico se halla seguramente en el profundo respeto con el que los romanos veneraban los ejemplos y las costumbres de sus antepasados, hasta el punto de que a través de esta primera muerte en belleza –y no es la única muerte del latín–, se pretendía otorgar la inmortalidad a los autores de las obras maestras de su época dorada, Cicerón y Virgilio.

Aún a día de hoy, su lugar como lengua internacional de la cultura sigue sin ser ocupado por ninguna otra, y si bien su enseñanza se ha relegado a los rincones más sombríos de nuestros sistemas educativos, en este mundo moderno caracterizado por las ciencias y la técnica, el libre mercado, la competitividad y los nacionalismos, Stroh no titubea al augurarle un futuro esplendoroso como lengua que une a los pueblos, en la medida en que es la lengua que todos desconocemos y, por tanto, ninguno goza de una posición de privilegio, como en la actualidad el pueblo anglosajón. Él mismo es el mejor ejemplo de que es posible comunicarse en latín clásico, y es un hecho constatado que proliferan las asociaciones que ponen en práctica el uso del latín como lengua activa –en España, por ejemplo, están a la cabeza los círculos de Cádiz, Valencia, Madrid y Barcelona–.

“Bienvenido sea cualquier intento de divulgar los beneficios de esta fascinante lengua que pervive después de dos milenios y medio no sólo como llave para acercarse a los textos clásicos, sino también como portadora de lo que entendemos por humanismo.”

“El latín murió efectivamente hace casi dos mil años, «como tuvieron que morir las rosas y Aristóteles»”

Pero es quizás en este punto donde se halla también la parte más controvertida de su discurso, al propugnar para las masas la vuelta al latín más erudito, algo que en Grecia, en pleno siglo XX, dio origen a un largo enfrentamiento social entre los puristas, partidarios de que la lengua oficial del Estado fuese la vertiente más cercana a la de Platón, y los defensores de la lengua del pueblo. Entre las ventajas más destacables de su dominio está, como él dice, la de “superar las fronteras del tiempo y comunicarnos con lo mejor del pasado: Cicerón, Tácito, san Jerónimo, Dante, Petrarca, Erasmo, Kepler, Leibniz”. Pero incluso mirando hacia adelante se atreve a lanzar un desafío: quien quiera que su obra sea más perenne que el bronce debe escribir en latín, pues en un futuro lejano éste seguirá entendiéndose sin necesidad de interpretaciones filológicas.

Sea como fuere, no está de más recordar que, vivo o muerto, el latín sigue siendo un idioma. El amor y entusiasmo que Wilfried Stroh siente por él se transmite a través de todas y cada una de las páginas de este libro. Y aunque no haya podido o no haya querido evitar la subjetividad, la provocación o incluso apunte a la utopía en algunos postulados, como este último, nadie negará que su relato está lleno de gracia y de belleza.

Juanjo Tejero